

CONCURSO LITERARIO 23.4.19

EL CLUB DE LOS ANTIHÉROES

Me llamo Julián. Tengo catorce años. Y me gusta el teatro. A la mayoría de los chicos de mi edad les gusta el fútbol. A mí no. Solo me gusta verlo. Mi mejor amiga Lucía sí que juega. Siempre voy a verla jugar, pero solo se queda sentada en el banquillo. En eso nos parecemos. Ella se queda en el banquillo y yo soy siempre un personaje secundario. No me gusta llamarnos perdedores, pero en realidad pienso que lo somos un poco.

Una tarde de miércoles conocí a un chico. También le gustaba el teatro y decía que no se le daban bien los juegos con pelotas. Era mi doble en la obra de la escuela, así que empezamos a hablar. Una vez me dijo que éramos como unos antihéroes. Le seguí el rollo aunque no había escuchado esa palabra en mi vida. Esa misma noche lo busqué en internet. Pensé que los tres éramos unos antihéroes. Héroes en el cuerpo de un niño que nunca dirías o pensarías que es un héroe. Así que hable con ellos. Me entendieron más rápidamente que nunca. No tardamos ni una semana en buscar jóvenes antihéroes como nosotros.

En fútbol encontramos tres personas que les pasaba como a Lucía. Siempre estaban en el banquillo. En canto encontramos dos chicas con la voz de un ángel que siempre hacían los coros. Y en danza cinco chicos que hacían siempre de suplentes.

Éramos trece adolescentes que solo nos entendíamos entre nosotros.

Hacíamos dos reuniones al mes, completamente secretas porque nadie quería admitir delante de su profesor, entrenador o monitor que no le gustaba su papel en el equipo. Así que empezamos las reuniones diciendo lo que nos preocupaba. Y por una vez en la vida podíamos ser nosotros mismos y sentir que no estábamos solos. Eso nos reconfortaba a todos y podíamos ser quién queríamos ser por una hora.

Parecía ir todo bien. Pero a Ale, el gran bailarín, lo subieron a bailarín principal. Eso no gustó a todo el mundo porque creían que el grupo se partiría. Dos de las del banquillo se fueron y una cantante también.

Sentí que lo que había hecho no había servido. Me sentí aún más antihéroe, y eso era mucho.

La madre de Lucía enfermó, así que Lucía desapareció de golpe, y eso me destrozó. No tenía ni la fuerza ni las ganas para llevar yo solo El Club de los Antihéroes, que era el nombre que nos asignamos, y así me quedé. Solo y sin el grupo que me había ayudado tanto tiempo y me había escuchado cuando estaba mal. Todo acabó.

Catorce noches pasaron para que me diera cuenta de que tenía que volver y arreglar lo que había hecho.

Volví. Lucía había vuelto y se había puesto al mando. Todo iba bien. Y sentí que con ellos sí que era un héroe. Porque no todos los héroes llevan una capa.

Laia Firpo – 1ºESOA – 2º PREMIO